



Se fingía una falda larga y la arrastraba por la acera...

viejo de cualquiera de sus parientas ó vecinas se fingía una falda larga y la arrastraba por la acera, volviendo atrás la cabeza para verse la cola, era cosa de comérsela á besos. ¡Pues y cuando el martes de Carnaval la vestían de *manola* y la llevaban al Prado entre un *Trovador* y un *Fausto* de la vecindad! ¡Qué contoneo, qué andares y qué juego de abanico! ¡Si parecía una mujer hecha y derecha! ¡Anda, anda!; y vestida de ángel en la procesión de Minerva, adornada con grandes alas de papel dorado y con los collares, pendientes, pulseras y hasta sortijas, sujetas con hilo á las muñecas, de la carnicera de enfrente y de la prestamista del entresuelo... ¡no había otra!

Ello sí, había cumplido ya nueve años sin saber una letra de la cartilla ni haber ido una vez á misa ni haber visto á su madre más que cuatro ó seis veces al año. Tomóla gran cariño y mejor entendido que el de sus demás vecinas por cierto, el ama de un pobre cura adscrito á la parroquia de San Lorenzo, que tenía su casa llena de pájaros de todas clases, con los que la chiquilla se entretenía grandemente; y merced ya al regalo de una paloma descabalada, ya á la promesa de una pareja de gorriones, cuando supiera leer de corrido, aprendió la niña á deletrear y después á escribir y á rezar desde luego, pues ignoraba hasta el padre nuestro cuando la conoció el ama del cura. De aquel abigarrado contraste, de aquella educación híbrida, mezcla de celda y arroyo, se le fué formando el carácter, grave y digno en el fondo, pero chillón, voluntarioso y atrevido en la forma.

La madre no había vuelto á parecer desde que se marchó á trabajar á un taller de encajeras de Barcelona. Sus hermanas dijeron que había muerto; su primo aseguró que estaba en el penal de Alcalá por no sé qué fechoría de rompe y rasga. Ello es que Lolilla cumplió catorce años, y que ya en aquella edad, su figura larguirucha, sus brazos largos y delgados y su cara flaca y ojerosa no excitaban el orgullo de sus parientas, que la descuidaban por completo, dejando que sus viejas faldas de percal se convirtieran en andrajos. ¡Aquí del ama del cura! Ya la había enseñado á coser y planchar: la dió lecciones de bordado, la afeó sus zapatos rotos, la convenció de que con el producto de su trabajo podía comprarse otros nuevos, y ella misma la colocó, respondiendo de su conducta, en casa de una señora viuda, algo más que beata y no de muy buen genio que digamos. Pero Lola no había nacido para criada. Sus quince años de aire libre, sus gustos y sus aficiones, necesitaban mayor espacio y más libertad. Si sigue sirviendo de doncella á doña Perfecta se muere á los tres meses. Antes, pues, de cumplirlos, ella misma buscó otro acomodo, yéndose á ofrecer de aprendiz en un taller de modas. Limpia como el oro, algo presumida y muy mañosa, dió gusto verla cómo se arreglaba un vestido viejo de su tía, y cómo empleó los ahorros de sus primeros jornales en botas y zapatos nuevos, todavía más pequeños de los que sus diminutos pies necesitaban.

Al año de estar en el taller ya era oficiala, y ya

vivía libre, feliz é independiente como la incauta España antes de abrirse al Cartaginés, según el padre Isla.

Guardó afición al barrio donde se había criado, pero mudó de calle para que no le asediaran demasiado los recuerdos callejeros de su infancia: visitó cada vez más de tarde en tarde á sus parientas y amigas, exceptuando al ama del cura, á la que siempre profesaba cariño agradecido y con la que á menudo sostenía disputas, más cómicas que dramáticas, respecto á sus ideas independientes; y se dió, por fin, tan buena maña con todos, que era querida en el taller, respetada en su casa y considerada por cuantos la conocían. Alegre y risueña, compasiva y generosa, con la misma naturalidad se gastaba todos sus ahorros de un mes en unos zapatos de tafíete para asistir á un baile de la Alhambra, que empeñaba su mantón de Manila para pagar las medicinas de una compañera enferma. Si por su descuidada educación y sus modales algo achulados hubiera podido casarse con un carnicero y ser una digna *industrial* de los barrios bajos, por sus instintos delicados y su elegante figura no la hubiera hecho mala casándose con un teniente de infantería ó con un empleado.

Sin duda por eso, y para probar de todo, había tenido media docena de novios desde que cumplió los quince años hasta el día en que la conocemos, que iba á cumplir diez y nueve. Unos por pollos demasiado insubstanciales; otros por exceso de sal, sandunga y salero, cualidades características del flamenquismo;

alguno por irse más al bulto de lo conveniente, y todos en fin porque no habían logrado llegarle al alma, fueron despedidos más ó menos pronto, pudiendo decirse que hasta que topó con Luisillo no había encontrado quien de veras le gustase. No afirmaremos, sin embargo, que sintiera por él lo que puede llamarse verdaderamente una pasión: quizá su carácter alegre y su cabecilla algo ligera no le permitieran sentirla nunca; pero lo cierto es que el chico le gustaba, que simpatizaba con él, y que hasta entonces era el verdadero *novio* que había tenido de entre toda la cáfila de pretendientes que la asediaban hacía cinco años.

No le era antipático ni mucho menos el pobre Roque. Aquel semigigantón desgarbado, con sus ojazos de perro pachón dulces y cariñosos, su boca grande, sus manazas velludas, era el tipo del fiel compañero, del defensor valiente, del amigo leal dispuesto con natural sencillez á todos los sacrificios y á todas las heroicidades, si no con el arranque de la pasión y con el brío impetuoso de la iniciativa, con la resistencia, la perseverancia y la humildad. No era hombre de acción ni de ataque, porque su pereza y hasta su tamaño se lo impedían; pero era hombre de amparo, de sostén, de defensa. Eso sí, era tan feo que la simpatía que excitaba no estaba exenta de algo de burlona ironía, y cuantos le apreciaban, que eran casi cuantos le conocían, ponían en su afecto para con él algo de lástima protectora, como si se dignaran estimar á un ser inferior, no por los méritos de él, sino por el buen corazón de ellos.

Pero el desdichado Roque amaba á la modista con todas las fuerzas de su alma, y sufría en aquella alma, tan grande como su cuerpo, el tormento de los celos y la desesperación de la impotencia. Si él la amaba mucho más que el estudiante; si por ella se sentía capaz hasta de trabajar alguna vez que otra, hasta de madrugar si ella lo hubiera querido, hasta de correr el día menos pensado, ¿por qué había tenido la desgracia de llegar tarde? ¿Por qué había de sufrir las tristes consecuencias de un amor mal pagado? Y el tal amor, tal vez por no ser comprendido, había concluído por exagerar sus defectos, por desarrollar en un grado imposible de aguantar su inacción y su pereza.

Roque se había quedado con la palabra en la boca y la mirada en el techo cuando vió salir juntos, como casi todos los días, á Lola y Luis. ¡Qué largo, qué feliz, qué encantador sería el coloquio de los dos enamorados, mientras él, solo en aquel inmundo cuartucho, tenía que ocuparse en los bajos oficios de marmitón y barrendero! Ni el consuelo le quedaba de limpiar con esmero minucioso y placer olímpico la alcoba de su prenda amada. Aquella cama, templo castísimo de su adoración; aquella mesa de noche, aquel espejito, eterno reflector de una cara de cielo, quedaban limpios y arreglados antes de salir á la calle su dueño querido, y á él sólo le restaba el placer doloroso de entrar de cuando en cuando á respirar aquel ambiente de agua de colonia barata y jabón de las familias. ¡Oh santua-

rio perfumado de una mujer querida! ¡Oh lecho blanco y purísimo de una virgen adorada! ¡Pobre Roque!

En lo más espiritual de sus sueños, en lo más sublime de sus arrebatos celosos y cuando levantaba el puño amenazando al cielo y canturreando, como el *Molinero de Subiza*,

—Malditos los campos,
Malditos de Dios!.

un puñetazo en el hombro y un empujón en su atlética espalda le hizo bajar del séptimo cielo á la prosaica realidad.

—¡Hemos concluído! ¡Ahora mismo vas á elegir entre la zarzuela y mi casa! ¡No quiero más canciones ni más barbaridades! ¡O á trabajar como Dios manda, ó á la calle á dar berridos! — esto decía *la Aragonesa*, dando cada resoplido que hacía temblar la casa, entrando en ella con la cesta de la compra.

La verdad es que Roque no había hecho nada más que pensar y lamentarse desde la salida de la patrona.

—¡Usted es el pasto del cuerpo, doña Julia, y la zarzuela es el pasto del alma! ¡Usted me llena el estómago, hasta cierto punto, de lo que usted quiere, y ella me llena la cabeza de ilusiones y el corazón de esperanzas! ¡Ella puede hacer de mí un artista laureado, y usted no puede ni quiere hacer de mí más que una acémila!

— Ni mi casa es un teatro indecente, ni yo necesito músicos ni danzantes. Conque prontito te vas á la

ópera y me dejas en paz. Allí á rebuznar, ó aquí á barrer. Ó la batuta ó la escoba. ¡Elige!

— ¿Qué he de elegir, prosaica *Aragonesa*? La batuta, aunque sea para mí más tiránica que un cetro y más pesada que un fusil.

— Pues ya lo sabes, desde hoy hasta fin de mes puedes ir buscando casa. El 1.º de junio necesito tu cuarto libre.

— ¡Eso quisiera el gato para estar más ancho!

— ¡Yo no quiero músicas!

— ¡Y dicen que domestica á las fieras! — murmuró Roque.

— ¡Con mi música me basta y me sobra!

— ¡Error crasísimo! Hay fieras que no se domestican con nada en el mundo. ¡Las hienas y las patronas de huéspedes!

— ¿Qué estás mascullando en voz baja? ¡Habla claro!

— Que será usted servida.

— Si es por ti, será la primera vez que me sirves en tu vida.

— La primera y la última, según parece.

— ¡Más vale tarde que nunca!

— ¡Busque usted, corazón de roca, un criado nuevo que la sirva como yo, sólo por la comida, ¡y qué comida!, y por la cama, ¡y qué cama!, sin más salario que las fantásticas propinas de sus hambrientos huéspedes, y no me quiera usted cortar las alas con que pienso volar muy pronto por las altas esferas del arte!

— ¡Vuela, hombre, vuela, y verás qué pronto te rom-

pes el alma, dándote un batacazo como para ti solo!

— De todas las caídas puede un hombre de mérito levantarse, menos de la abyección y la servidumbre.

¡Los esclavos no sirven ni para hombres!

— Pero ¿todavía no te has convencido de que no sirves para nada en el mundo? ¿Crees que podrá nadie aguantar tu torpeza, tu holgazanería, tu inutilidad?

— ¡Echa, echa, patas de demonio!

— ¡Basta! ¿Dónde está mi marido?

— Durmiendo.

— ¿Y los huéspedes?

— Todos en la calle, lo mismo ellas que ellos; menos D. Blas, que lleva nueve horas de roncar como un becerro: desde aquí se le oye.

— ¿Y qué hace en la puerta de su cuarto ese colchón y esa manta que he visto al salir esta mañana?

— Un capricho suyo de última hora. A la una de la noche me llamó con gran empeño para que quitara de su cama ese colchón y esa manta, dejándole sólo el jergón y la frazada de algodón. Me dijo que quería dormir como hace treinta años, muerto de frío y en un lecho imposible.

— ¡Qué barbaridad! Ese hombre está loco por fuerza.

— Eso le dije yo; pero me contestó que para dormir blando, comer bien y estar á gusto no necesitaba haberse movido de su casa, donde le sobran el dinero y las comodidades. Que había venido á Madrid á buscar recuerdos de su pobreza, y por lo tanto que le dejara dormir á gusto y que le entrara hoy el chocolate

ahumado, casi frío y de sabor de ladrillo. Creo que en eso no hay dificultad, puesto que así es el que aquí usamos todos.

—¿Y ha dormido bien?—dijo Julia, sin responder á la última parte de la relación de Roque.

—Ya lo oye usted.

—Allá se las haya con su extravagancia. Y basta de conversación, que hay mucho que hacer.

La Aragonesa dió media vuelta sobre sí misma y penetró en la cocina.

Roque se la quedó mirando, y entrando en el comedor despertó á D. Atanasio; volvió á salir al pasillo, y procedió á arreglar, ¡á cualquier cosa llaman arreglar!, los cuartos de los dos estudiantes.

—¡Huye á la cocina, esfinge, maritornes maldita! No sufriera yo tu genio ni transigiera con tu humanidad exuberante si no viviera bajo tu techo la que es dueño de toda mi alma. ¡Oh Lola divina, de qué buena gana cosería á puñaladas al bribón que te levanta de cascos! ¡Aquí, aquí duerme ese infame; aquí sueña contigo; aquí madurará sus planes para seducirte, para perderte y para olvidarte!

Y diciendo esto descargaba sus pesados puños en el tenue colchón del estudiante, como si diera los golpes sobre su aborrecido rival.

Concluyó aquella faena y otras de igual cuantía. Se calmaron los nervios de Julia después de media hora de gritos y denuestos descargados sobre su marido. Levantóse D. Blas y tomó en el comedor el desayuno,

confesando que en su vida recordaba haber tomado un chocolate más detestable ni dormido sobre peor cama, y que estaba por eso contentísimo de alma y doloridísimo de huesos. Roque vió distraídos á los tres en una conversación retrospectiva, y sin decirles una palabra, con ademán todo lo resuelto que en él era posible, abrió la puerta de la escalera y se dirigió á la calle. Había concebido una idea y quería llevarla á cabo. Su despedida de la casa por la patrona le colocaba en una situación excepcional, y sus proyectos de asaltar la fortaleza del amor de Lola adquirieron consistencia. Luis tenía clase á las doce, y á aquella hora venía la modista sola del taller; la compañera no había salido con ella, y lo probable es que tampoco la acompañara. ¡Oh dicha! Saldría á su encuentro, la sorprendería en el camino, y aprovechando aquella ocasión, que se presentaba pocas veces, daría cima á su atrevido propósito.

Y dicho y hecho. Eran las doce menos cuarto. Tomó cuesta arriba la calle de Atocha, y sus largas piernas, al unísono aquel día con su voluntad, le llevaron en cinco minutos á la plazuela de Antón Martín. Ya allí, retardó el paso para no ir hasta el taller de Lola; pues claro es que si ella le veía á la salida, ó no se separaría de sus compañeras para no dejarse acompañar de él, ó sería probablemente objeto de burla y chacota para ellas. Lo sublime de su plan estratégico era hacerse el enconradizo, viéndola venir desde lejos, sin que ella fijara su atención en aquel espionaje ni advir-

tiera su presencia hasta encontrársele de manos á boca.

Así sucedió en efecto. Después de un cuarto de hora de espera y de acecho, divisó el desdeñado amante á su adorado tormento por cerca de la plaza de Matute. Penetró en el café de Zaragoza, situado en la esquina de la calle del León; púsose á charlar con el vendedor de periódicos de la cancela mientras le compraba una caja de fósforos, y al pasar Lola por delante del café volvió Roque la cabeza y...

— ¡Qué sorpresa! ¿Usted por aquí? ¡Feliz encuentro!

¡Es ella, es ella,
Es ella la estrella
Que envidia da al sol! —

todo esto con su correspondiente música de Barbieri.

— ¡Calla! ¿Qué hace usted por aquí á estas horas? ¿No teme usted las iras de la patrona si descubre la escapatoria?

— He salido un momento á comprar un número atrasado de *El Globo*, y no le he encontrado ni en este café tampoco, y me vuelvo á casa, dándole á usted convoy si me lo permite.

— Por mí, ¿qué inconveniente ha de haber? El único á quien puede que no haga gracia la escena es al estudiante de Medicina; pero á bien que esos ya son asuntos de ustedes, puesto que uno y otro saben á qué atenerse. ¿Estaba ya mi amiga en casa cuando usted ha salido de allí?

— No la he visto, y creo que no ha vuelto todavía.

Salió un cuarto de hora después que usted esta mañana.

Como se ve, la conversación se había puesto en un terreno tan indiferente y distante de los proyectos de Roque, que era preciso aprovechar el tiempo y encauzarla otra vez si había de servir para algo.

— Mire usted, Lola, á mí me tienen sin cuidado las malas caras y aun los furoros de ese señor estudiante, como usted dice; óigame usted una vez siquiera con detenimiento y gusto, y húndase el mundo después con todas sus consecuencias.

— ¿Cuántas veces le he de decir á usted, despacio unas y aprisa otras, que no llame á quien no puede responderle? ¿Pues no ve usted por sus mismos ojos, sin que haya necesidad de desgarrarle á usted el oído con tan desagradable noticia, que este cuarto está alquilado? — y se dió Lola dos golpes en el pecho al lado del corazón.

— Pero es que yo quiero comprar la casa; y claro es que entonces serían míos todos los cuartos. ¡Y poca prisa que me daría yo á echar á la calle á todos los inquilinos!

— ¡Caramba! Eso se llama ser todo un capitalista. ¿Y en qué forma, si puede saberse, se le ha ocurrido á usted adquirir la finca?

— La finca no hay dinero en el mundo para pagarla, y Fernán-Núñez y Manzanedo serían dos pobres de pedir limosna si quisieran quedarse con ella á fuerza de millones.

— ¡Baje usted la tasación, amigo Roque, que por mucho menos se vende!; y crea usted que soy tan poco ambiciosa, que no exigiría ni un real más de lo justo.

— Pues á eso voy, ni más ni menos. La creo á usted tan buena, tan generosa, tan cabal, que me parece que habrá de contentarse con una mano honrada por toda fortuna y con un corazón leal por todo numerario.

— No va usted muy descaminado, Roque.

— Pues sí, como usted confiesa, no he equivocado el camino, ayúdeme usted á andarle, y estoy tentado por jurarle que no la ha de pesar nunca.

— Por si es hoy la última vez que podemos hablar á solas, ya que tanto empeño tenía usted en procurarse una entrevista conmigo, le ruego que de una vez y á las claras me diga *todo* lo que siente y todo lo que quiere. Yo le responderé con toda franqueza y con tal formalidad, cosa un poco impropia de mi carácter, que jamás uno ni otro podamos volver sobre nuestras decisiones. ¿Es eso lo que usted quiere? ¿Está usted contento con lo que le propongo?

— Tanto, que no cabe en mí la alegría; y allá voy, y Dios me ayude y usted no me abandone. ¡Ea! ¡Á la una, á las dos, á las tres! Aquí tiene usted mi mano — y extendió Roque su diestra, ancha, velluda, inmensa, parándose al mismo tiempo en medio de la acera.

Retrocedió un poco Lola al verse detenida en su marcha por aquel enorme obstáculo, y no pudiendo contener su risa preguntó á Roque:

— ¡Pero hombre de Dios!, ¿para qué quiero yo esa maza de Fraga?

— Para mirarla, que tiene qué ver, si tal es su capricho; para aceptarla después, si no la asusta demasiado, y para dejarse conducir por ella á la parroquia.

— Aquí no puede ya una mujer fingir que nõ lo entiende. El tiro es directo y hay que aceptar la situación abiertamente. Muy bien, amigo Roque: eso es hablar como hombre honrado, y su conducta y su ofrecimiento me prueban que me quiere de veras y que mi cara y la esperanza de mi cariño llenan una gran parte de su corazón.

— Lo llenan todo, Lola, ¡todo!

— Gracias, antes de pasar adelante y sea cual sea el resultado de su ofrecimiento. Ahora veamos, amigo mío, porque quedamos de todos modos en que usted es mi verdadero amigo, cuáles son las ventajas que va á reportarme su mano blanca ó morena, que el color es lo de menos, en el caso en que yo estuviera en estado y en ganas de aceptarla.

— No la creo yo á usted mujer capaz de pesar las ventajas y los inconvenientes de una unión *eterna*; pero tan claro pregunta usted, que también hay que contestarla claramente y sin reservas mentales. Primera ventaja: librarla á usted de las garras malditas de ese empedernido Esculapio, que ni se casa con usted ni se casará nunca.

Una rápida nube de tristeza pasó, enturbiándolos,

por los lindos ojos de la modista, que procurando disimular lo hondo de la herida contestó sonriendo:

— ¡Pues si oyera él las ausencias que á usted le merece!..

— Tanto mejor: así acabaríamos más pronto: se enojaría, yo más; nos romperíamos el alma, y puede que entonces se viera precisado á casarse con usted ó á morir á mis manos.

— Dejemos á los demás, y hablemos sólo de usted. Yo también soy su amiga, y como si se tratara, no de mí, sino de otra mujer cualquiera á quien dedicara su cariño, le pregunto á usted: Vamos á ver, Roque, ¿con qué cuenta usted para casarse?

— Con nada — dijo éste sencilla y majestuosamente.

— El partido no puede ser más ventajoso.

— Con nada hoy... pero ¿y mañana?

— ¡Ah! ¿Mañana es otra cosa? Oigamos ese mañana.

— Yo me ajusto....

— ¿Cómo que se ajusta usted? No entiendo bien eso.

— Pues tiene poco que entender. Yo me ajusto en un teatro. En el de la Zarzuela, por ejemplo, que es el que más me gusta, y para la que tengo las brillantes disposiciones que usted está oyendo á cada instante.

— Supongamos que le ajustan, ¿y de qué? si no tiene usted inconveniente en decírmelo.

— De barítono, ó de tenor, de lo que quieran.

— ¡Ya! ¡Si la cosa es tan fácil! ¿Y usted tiene voz de tenor?

— A mí me parece que no; pero eso tampoco es una

dificultad en los tiempos que alcanzamos. Si usted cree que son tenores todos los que pasan por tales, está usted equivocada. Haré lo que hacen tantos otros en el género lírico-español. A los puntos bajos, de seguro llego...

— Me parece que á esos llegaría cualquiera.

— Las notas altas es lo difícil; pues bien: si la parte está alta se me transporta medio tono ó uno toda la partichela, y en cuanto al *sol*, al *la* y al *si bemol* la orquesta se encarga del pasaje; el cornetín primero da la nota, los demás instrumentos la apoyan con un calderón tremante y estrepitoso y se hunde á aplausos el teatro.

— Vamos; explicada así la cosa, es fácil; y ¿cuánto le dan á usted por esas notas que ha de dar el cornetín?

— Cuatro ó seis mil reales al mes la primera temporada de mi contrato; al año después siete, ocho, nueve, y así sucesivamente.

— ¡Ave María Purísima!

— ¡Toma! ¡Y no hablemos si me dedico á la ópera extranjera; porque entonces!..

— No; quedémonos en la zarzuela. Vamos á ver, y mientras usted gana ese dineral, sucesivamente, como dice, ¿qué me toca hacer á mí? Porque no creo que me quiera usted tener secuestrada perpetuamente en mi casa mientras usted pase todo el día en los ensayos y todas las noches en el teatro, ¿no le parece?

— De ningún modo, ¡alma de mi alma! Usted me prepara primero la canasta.

— ¡La canasta! ¿Qué canasta es esa, hijo?

— La excusabaraja donde van colocados los trajes y ropa interior que necesito en el teatro para el empeño de mis papeles.

— ¡Ah! Perdone usted mi ignorancia, amigo Roque. Pase lo de la canasta. ¿Qué más?

— Ayudarme á desnudar y á vestir en mi cuarto del teatro todas las noches.

— ¡Cómo! ¿Delante de todo el mundo?

— Del público no; pero sí delante de los amigos de confianza, de los compañeros, del representante de la empresa y del traspunte.

— Me parece que la cosa va siendo ya grave. ¿Y qué más?

— Llevarme entre bastidores el frasco y el vaso de mi enjuague. Salvado cocido, con azúcar cande y claras de huevo batidas: es lo que toman todos los tenores. Se agita sin cesar el tatarrete, y á cada momento que se puede, se mete uno entre bastidores, se hacen dos ó tres gárgaras, se toman dos sorbos y se continúa la escena.

— ¿Conque agitar el tatarrete?...

— ¡Ah! ¡Y arroparme la garganta en cuanto salga de la escena!

— Pues amigo Roque, lo siento mucho; pero prefiero ser Médica.

— Prosaica preferencia, suponiendo que la dieran á usted á escoger entre la Medicina y el Teatro. Pero como no es eso; como ese hombre, créame usted á mí,

no la ha de ofrecer jamás su nombre; como se examina... ¡y si te vi no me acuerdo!...

—Roque —respondió Lola ya algo picada por la insistencia del futuro zarzuelero, — eso no es cuenta de usted ni casi mía; asunto es que corresponde á mi novio, y usted sabe que lo es, y no es de hombres leales, como usted presume siempre de serlo, tratar de enamorar y de distraer á una muchacha de sus compromisos formales. Además, amigo mío, no me llama Dios por el camino de la zarzuela, y puede usted guardar para quien sepa apreciarlos más que yo su sueldo, su canasta, su enjuagatorio y su bufanda. Y como ya estamos cerca de casa y no quiero que si Luis nos ve juntos me dé un disgusto sin tener yo la culpa, le ruego se adelante solo y renuncie de una vez para siempre á mi cariño, á mi corazón y á mi mano.

— En una palabra — dijo el pobre Roque, — calabazas mayores no se han dado en el mundo. ¡Adiós sueños de gloria, esperanzas de triunfos escénicos, porvenir de billetes de mil pesetas y beneficios de mil duros!

¡Cese tu desdén,
Cese tu desvío;
Ya no siento amor
En el pecho mío!...

La música de Chapí sin duda debió hacer en el pecho de Lola más efecto que las palabras de Roque, porque humanizándose algo, y pesarosa de haberle

tratado con tanta dureza, extendió su mano y se la ofreció diciéndole:

— Amigos somos siempre, y mi gratitud es verdadera y profunda. La rueda de la fortuna da tantas vueltas que nadie puede decir *de este agua no beberé*. Por sí ó por no, yo que usted no me contentaría con ser criado de Julia *la Aragonesa* ni de nadie. El servicio doméstico, y más para un hombre que se estima en algo, no conduce á ninguna parte. Intente usted eso de los ajustes. Cante usted para el público, ya que tanto canta para sí solo y para nosotros: por poco que le produzca, más le ha de dar que su empleo de pinche y su ocupación de friegaplatos. No hay enamorado que no quiera *ser algo* en el mundo para agradar á la mujer á quien ama; sea usted pues *algo*, y deje en manos de Dios, que más acertadas han de ser que las mías, su porvenir y su ventura.

Tirar á un hombre al mar desde la borda del buque sin prevenirle siquiera, eso fué para Roque el primer párrafo de despedida de Lola. Sacarle de repente por el cabello á la luz del sol y dejarle otra vez sano y salvo en el puente del barco, eso fué el segundo.

— ¡Marina! ¡Marina!
¡Yo parto de aquí!
Cuando no me veas
¡Piensa en mí!... ¡piensa en mí!...

Eso cantó Roque en plena calle de Atocha, llamando la atención de los transeuntes. Lola, apretó el

paso dejándole absorto, y él continuó hablando solo.

— ¡Sí, esa es una esperanza! Sin duda ha querido decirme: «Si ese hombre me deja y tú eres *algo*, yo no te despreciaré entonces.» Pues acepto, acepto, aunque sea plato de segunda mesa: yo saldré de esta pocilga, yo trabajaré, yo cantaré; y como estoy seguro de que el medicucho jamás ha de ser tu marido, yo te llevaré á los altares; yo beberé el enjuagatorio que tu me fabriques, y tú tendrás palco segundo á diario, menos los estrenos y días festivos, en el teatro de Jovellanos.





Una mesa grande colocada debajo de la ventana...

CAPÍTULO OCTAVO

PASEO RETROSPECTIVO

Mientras los beligerantes se mantenían en sus respectivas posiciones de ataque y defensa, el bueno de D. Blas había conseguido desorganizar los ejércitos. Aquel demonio de hombre con sus ridiculeces simpáticas, con su buen humor crónico y con su sonrisa de mazapán hacía de todos lo que se le venía al magín. Un día despertaba á uno de los estudiantes al amanecer, y que quieras que no se le llevaba al Retiro para dar la vuelta grande y regresar á casa á desayunarse, después de haberse tomado en aquel delicioso sitio dos ó tres vasos de leche con sendos mojjicones y ensaimadas y bollos. Visitaba con fruición y hacía visitar

á los demás todos los sitios que le recordaban su pobreza; pero en ellos mismos y entre reflexiones filosófico-melancólicas se le despertaba el apetito ó la realidad de su riqueza, y se despachaba á su gusto con ricos manjares, compras innecesarias ó despilfarros inoportunos.

Otro día cogía por su cuenta al insignificante don Atanasio y se lo llevaba al Rastro, con objeto de comprarse el par de zapatos nuevos, ó que pudieran pasar por tales, más económicos y de uso menos inverosímil. Recordaba que un día, pudiendo sólo disponer de siete reales y medio, tuvo el compromiso de llevar á una chica al baile de la Camelia: los billetes se los había regalado un compañero; pero tenía las botas hechas añicos y no podía presentarse en público haciendo el conquistador con semejante atavío, y fué á buscar al Rastro unos zapatos que adquirió por aquel precio. Aún se desternillaba de risa recordando que á la vista, de lejos sobre todo, parecían nuevos; que entró con ellos, satisfecho de sí mismo, en el jardín, y que á la segunda polca empezaron á descoserse; durante una habanera se le cayó el tacón al izquierdo y en el schotís final se encontró con las plantas de ambos pies en contacto directo con la arena, destrozados los calcetines y sin más restos de su magnífica compra que las palas del calzado sujetas por las cintas del empeine. ¡Había sido un lance de dos mil demonios!

Repitió aquella mañana del brazo de D. Atanasio toda la escena del ajuste y la elección de calzado. Re-

gateó al céntimo en más de diez puestos al aire libre el precio de un par de zapatillas con tacones, arregladas sin duda de unos borcegués de tropa, que le vendieron por cinco reales y tres *perros chicos*. Se empeñó en ponérselas en un portal, y hasta dió treinta ó cuarenta pasos con ellas cojeando; pero al llegar á la plaza del Progreso se las dió á un pobre que pedía limosna, con una peseta encima para que soportara con paciencia el martirio de llevarlas puestas.

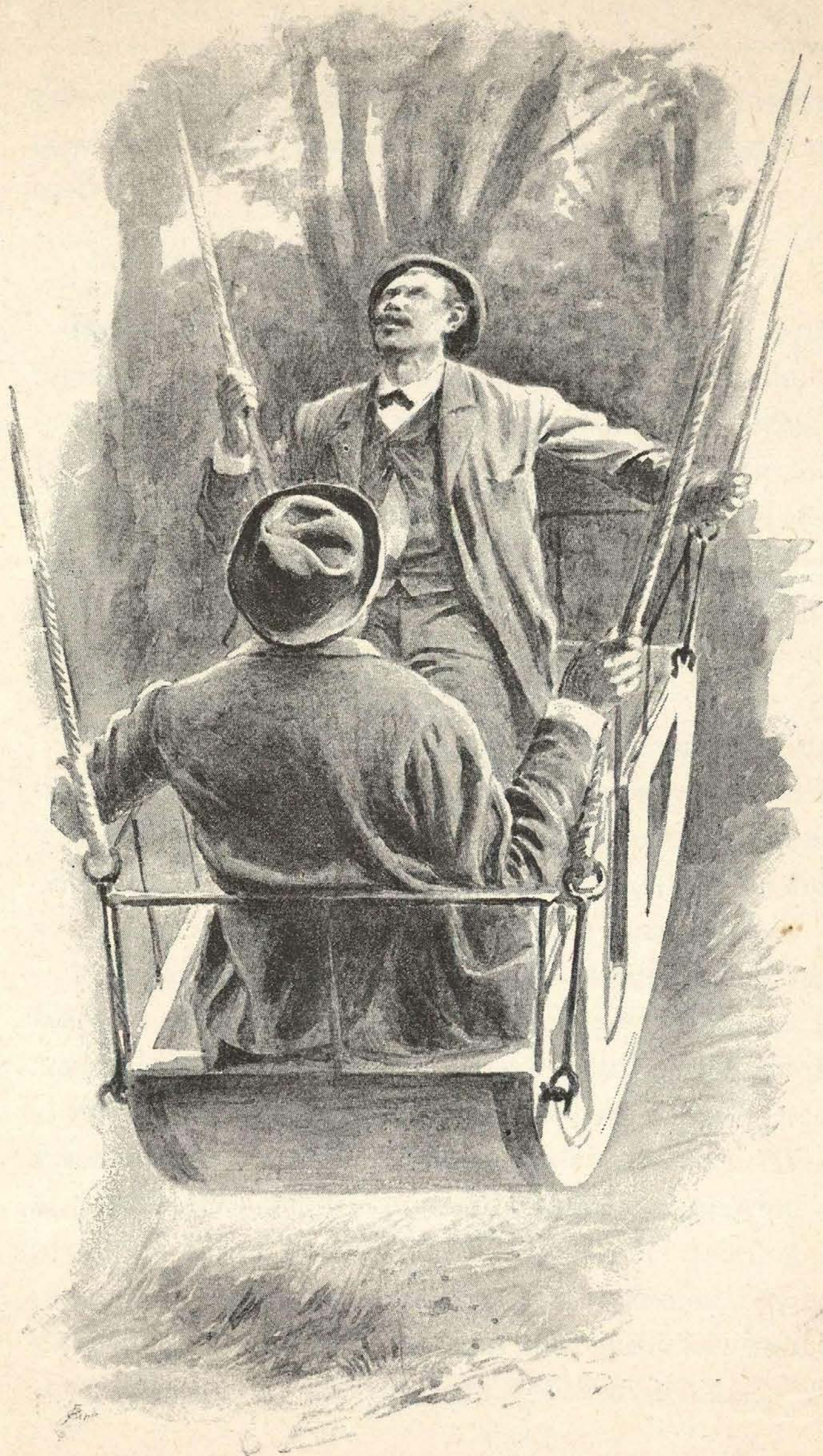
¡Era de ver la cara de una estanquera cuando, entrando á comprar dos cigarros puros, le decía con acento suplicante que se los diera de los peores que tuviese, escogiéndolos á propósito de entre los más malos! El escogido estaba pronto hecho y el fósforo encendido; pero jamás consiguió que ardiesen aquellos espárragos trigueros. Tras de chupadas sin cuento, desquiciamiento de quijadas y completo desgaste de las glándulas salivales, D. Blas tiraba al arroyo aquellos palitroques venenosos, exclamando: «¡Como recuerdos os adoro, pero como cigarros os maldigo!»

Y sacaba dos buenas brevas de su petaca, y regalando una á su acompañante se extasiaba de gozo ante aquel presente tan lleno de encantos y comodidades.

Un domingo por la tarde, que quieras que no, se llevó á Roque á la fuente de la Teja. Bebieron vino y comieron callos y caracoles en casi todos los merenderos; subieron en todos los *tíos vivos*, bailaron en todos los corros, se atrevieron con dos chulas, recibieron puñetazos, bofetadas y hasta algún amago de navajazo,

y regresaron á su casa á más de las diez de la noche, rendidos, magullados y con una indigestión de dos mil demonios. Ya estaban con muchísimo cuidado por ellos, tanto los patrones como los huéspedes. Por fortuna la calaverada no tuvo más consecuencias que las naturales: con la espontánea limpieza de aquellos desdichados estómagos quedaron los héroes dispuestos para nuevas aventuras.

Aquel demonio de hombre no se cansaba. Una noche llevó á Eslava á todos los habitantes de aquella que fué casa tranquila hasta su llegada á ella y hoy era un manicomio, menos Julia y Matilde que se obstinaron en quedarse, la una gruñendo y la otra bordando, sin valer para disuadirlas de su empeño súplicas ni amonestaciones. A la salida del teatro, donde más de una vez les impuso silencio el público por sus risotadas y aplausos extemporáneos, gran cena en el *Petit Fornos* hasta las dos de la noche. Allí, entre chuletas y langostinos, y más alegre aún que de costumbre por la abundancia de las cañas de manzanilla apócrifa que en sendas ruedas menudeaban, D. Blas se dedicó exclusivamente á la conquista de Lola, ofreciéndola su corazón, su mano y su fortuna, olvidándose de sus propósitos de viudo perpetuo y morigerado. Luis reía á más y mejor, aconsejando á su novia públicamente que aceptara en seguida tan brillantes ofrecimientos, para que, una vez casada, procedieran los dos amantes á robar y asesinar al estúpido marido y á pasarse después la gran vida con los patacones del



Subieron en todos los *tios vivos*...

difunto. Hasta le ofreció hacerle construir por suscripción nacional un magnífico mausoleo con la siguiente inscripción:

«AL REY DE LOS VIEJOS VERDES, LA PATRIA RECONOCIDA.»

Roque, el enamorado Roque, tomaba en serio, ¡influencia general perniciosa del alcohol manzanillero!, aquellas combinaciones á lo Teresa Raquín, y decía á Lola que no hiciera caso de aquellas ofertas criminales. Que su porvenir estaba asegurado como esposa de un nuevo Gayarre; que él daría, no sólo el *do* de pecho, como Tamberlik, sino el *re* sobreagudo, como la más *aguda* soprano, y que pondría á sus pies sus coronas, su mano y sus millones.

Hasta el bueno de D. Atanasio propuso á la modista matar á disgustos á Julia *la Aragonesa*, y contrayendo segundas nupcias con Lola, montar una casa de huéspedes á la inglesa en la Puerta del Sol, donde sólo recibirían Embajadores y Reyes destronados.

Lola no quería aceptar aquellos ofrecimientos aislados ni escoger á ninguno de sus pretendientes: lo aceptaba todo en conjunto; sería esposa de los cuatro al mismo tiempo y conseguiría que sus cuatro esposos vivieran en perfecta armonía y dulce inteligencia. Toda su vida había soñado con ser *bígama*, y ahora que se le ofrecía la ocasión de ser *cuatrógama* no quería despreciarla. ¡Cuatro maridos, cuatro fortunas, cuatro existencias distintas y una sola millonaria verdadera! ¡Eso era ser algo en el mundo y lo demás nada!

Al salir de la aristocrática taberna, se lamentó tristemente de no tener más que dos brazos, y decidió, en vista de que no quería agraviar á ninguno de sus pretendientes, no aceptar el de ninguno y marchar de vanguardia, llevando en pos de sí en incorrecta formación y con más de un traspiés á sus cuatro futuros cónyuges.

El regreso triunfal se convirtió en huida á la desbandada en cuanto vieron al enemigo, ó sea á la patrona, que les esperaba puño en ristre y lengua afilada detrás de la puerta. ¡Qué escena, Santo Dios! Milagro fué que no acabaron la noche todos en el arroyo, arrojados á él por la justamente irritada *Aragonesa*.

Al día siguiente, sólo ella se acordaba de lo sucedido. Los demás no se daban cuenta ni de su enojo ni de las causas que lo habían producido. D. Blas fué el único que nunca pudo echar bien la cuenta del cambio de un billete de cincuenta pesetas que le dieron en el teatro Eslava al comprar las localidades para las tres últimas piezas de la noche anterior.

Y esto no fué nada. Al día siguiente secuestró, como él mismo decía muerto de risa, al estudiante de Medicina, y se empeñó en que le acompañara al hospital de la Princesa, donde en *sus buenos tiempos* el heroico D. Blas había permanecido en la sala de San José más de veinte días entre la vida y la muerte con una fiebre tifoidea. Quiso visitar la sala, recordaba la cama número 37, y al llegar á ella trabó conversación con el enfermo que á la sazón la ocupaba, un pobre viejo

que padecía de un ántrax en el cuello, y le regaló una moneda de cinco duros después de contarle su historia. Aquella misma tarde al salir del hospital recordó nuestro héroe que la chica con quien estaba en relaciones cuando su grave enfermedad no dejó ni un solo día de ir á verle, y pagó las novenas á la Virgen de la Paloma por su restablecimiento y una misa á San Blas, y vistió de hábito del Carmen durante seis meses. Verdad es que al empezar el séptimo mes se escapó la pobre muchacha con un recaudador de consumos de Málaga que había venido á Madrid á unos encargos; pero eso no quitaba el mérito de sus sacrificios anteriores.

— ¡Vamos á buscar á aquella muchacha!

— Pero D. Blas — le dijo Luis, procurando calmar su entusiasmo, — la muchacha en cuestión, caso de que exista, debe ya tener sus cincuenta años cumplidos, y no estará muy bonita que digamos para andar con recuerdos amorosos. Además, si se escapó con otro caballero hace treinta años con dirección á Málaga, mejor podíamos ir á buscarla á Tarifa ó á Algeciras que por las calles de Madrid.

D. Blas era terco si los hay, y desoyendo los sabios consejos de su compañero de expedición, le tuvo todo el resto de la tarde y hasta bien entrada la noche recorriendo todo el barrio viejo de Leganitos, de casa en casa, de portería en portería y de buhardilla en buhardilla, sin que nadie le diera razón de la prójima por quien preguntaba.

— ¿Lo ve usted, amigo D. Blas? Preguntar en Madrid por quien se conoció hace treinta años, y más si el desaparecido pertenece al bello sexo, es soñar con lo imposible.

— Ya lo veo; pero no habrá quedado al menos por mí. ¿Quién sabe si esa pobre mujer estará en la indigencia y mi encuentro la hubiera servido de socorro y de consuelo?

— El pensamiento es filantrópico, lo confieso; pero permítame usted, vecino y amigo, que le haga una pregunta. ¿Piensa usted ir al rebusco, como hoy lo ha hecho con esta individua, de todas las que en sus mocedades unció á su carro victorioso? Porque entonces ya puede buscar quien le acompañe de oficio y no por complacencia y amistad. Diríjase usted á los alcaldes de barrio; busque usted quien le facilite padrones antiguos, y emprenda la caminata cuanto antes mejor si quiere obtener resultados satisfactorios alguna vez que otra.

— ¡Dios me libre de tal absurdo! No pienso hacer más que dos ó tres averiguaciones, porque después de todo no pasan de tres las mujeres que verdaderamente son dignas de mi recuerdo. Si encuentro á alguna de ellas y puedo indemnizarla de todo lo que por quererme sufría entonces, tal vez me crea perdonado por las otras; que ni mis faltas con todas fueron escasas ni tendrían poco que perdonarme.

— ¡Nada, nada; me parece muy bien!; pero creo justo que alternemos en esa ocupación todos los amigos de

usted y no sea yo el único á quien elija para estas expediciones alguacileskas. Poco más ó menos las mismas horas libres tiene Miguel que yo, y por su formalidad y grave compostura es mucho más á propósito que yo para estos lances histórico-retrospectivos.

— Francamente, me es usted mucho más simpático, sin que esto quiera decir que no voy con él á gusto. Pero la otra tarde, al día siguiente de llegar yo por cierto y mientras usted jugaba con Roque la última partida de caramboles, me dió un solo como para mí solo. Casi he temido desde entonces verme con él á solas.

— ¡Hombre! ¿Y por qué no me ha dicho usted nada hasta ahora?

— Porque estos días, aunque no mucho más expansivo, le he encontrado más sociable. Aquella tarde estuvo fatal. Según pude entender, porque él no me explicó bastante el asunto, está enamorado; alguna escena grave había tenido aquel día con su adorado tormento, porque entre suspiro y suspiro que partía los corazones, se increpaba á sí mismo duramente. «He sido un necio, decía, y ella me habrá tomado por un canalla. ¡Y en qué ocasión la he ofendido! Lo mejor que habrá pensado de mí es que soy un estúpido ó un mal educado.»

— ¿Qué le pasa á usted? — le pregunté dos ó tres veces.

— Misterios del alma — me contestó con voz de bajo profundo. — Y lo cierto es que desde aquella tarde cuan-

to más le observo más le veo preocupado con algo que quiere arrojar de su imaginación, sin conseguirlo. Asiste á nuestras bromas, al principio casi con repugnancia, y luego, como si quisiera aturdirse, es el primero que las exagera bebiendo más de lo sensato y gritando más de lo justo. ¿Tiene efectivamente alguna pena profunda, algún apuro grave, ó es sólo el amor quien le ha desequilibrado?

— Más listo creía yo á nuestro buen D. Blas, pues el que no se entera es porque no quiere. ¿No ha visto usted sus ojeadas á nuestra cariacontecida huésped? ¡Pues si son tal para cual, hombre! Ella suspira, él resuspira; ella baja los ojos, él esconde los suyos; se sientan siempre lo más separado posible uno de otro, y las poquísimas palabras que se dirigen parecen gemidos más que frases y ayes lastimeros más que palabras.

— ¡Ah! ¿Pero es que se entienden los dos? Pues juro á usted que soy un torpe, porque no lo he notado.

— No, y eso es lo más cómico del asunto. Voy á ponerle á usted en antecedentes.

Luis prosiguió contando á D. Blas en las siguientes breves palabras la ocasión en que Matilde y Miguel se conocieron.

— El mismo día que llegó usted á Madrid, vino ella por casualidad á nuestra casa. Creo que no se han hablado á solas un momento; estoy seguro, por lo que su compañera Lola me ha dicho, que sería capaz de marcharse á otra parte en cuanto Miguel le dijese

«buenos ojos tienes;» pero como los tiene buenos y al muchacho le gustan, me temo que á pesar de todos sus alardes de prudencia y de entereza, el día menos pensado caigan ambos en la cuenta de que se adoran, y eso es precisamente todo lo peor que pudiera sucederlos.

— ¡Hola! ¿Y por qué semejante felicidad había de ser su mayor desgracia?

— ¡D. Blas, D. Blas! Ya voy viendo que es usted uno de nuestros inocentes más distinguidos. Luis no es un muchacho ligero como yo, ni alegre y campechano como usted. Siempre fué serio y poco amigo de las grescas y locuras propias de sus años. Sus relaciones amorosas han sido siempre efímeras y prácticas, y ha procurado y conseguido concluir las apenas comenzadas para que no le robaran corazón ni tiempo. Así, lo temible en él es que llegue á interesarse hondamente por una mujer, y más si esta mujer le rechaza ó le mantiene á respetuosa distancia. Lo que empiece en una preocupación, puede con facilidad llegar en él á pasión profunda, y crea usted que en punto á pasiones, lo mejor de todo es no llegar á sentir las. Añada usted á eso que, á juzgar por lo que se ve, Matilde se parece á Miguel más de lo que conviene en carácter y en gustos. También es seria y grave; están de acuerdo en sus opiniones acerca de cuanto nos oyen, y se lo comunican con los ojos; si se sonríen es á dúo, y á dúo se quedan ensimismados ó distraídos, síntomas todos de tontería epidémica y contagiosa.



— Pero después de todo, si se contagian y se ensimisman y se dedican á sí propios haciendo abstracción completa de todos los que les somos indiferentes, más pronto se cansarán y con más prisa darán fin á su poema amoroso.

— Según y cómo, D. Blas. Figúrese usted si á Miguelito se le pone en la cabeza continuar empleando con su Dulcinea el papel de D. Quijote, que fué el que desempeñó al conocerla, y que convencido de que la chica es honrada y de que atentar á su virtud sería una infamia, le entran ganas de casarse con ella... ¿Y entonces, D. Blas?

— Pero hombre, ¿esa muchacha no es modista como Lola?

— Claro, y en el mismo taller trabajan.

— Pues sería una boda estupenda. No es posible que él lleve á ese extremo su tontería. ¡Casarse con una modistilla! ¡Vaya, vaya! No le haga usted tan necio.

— Además de que con semejante locura mataría su porvenir; es muy probable que causara al mismo tiempo la muerte de su madre.

— ¡Ah! ¿Tiene madre aún?

— Y madre que le adora, y que aunque no rica, goza de gran influencia entre la gente política. Está decidido que en cuanto el chico saque su título de abogado, le nombrarán auxiliar de un Ministerio con tres mil pesetas de sueldo. Los ascensos cada dos años serán seguros, y á los treinta y seis años será jefe de

Administración civil, ó Gobernador de provincia ó Diputado á Cortes, si quiere dedicarse á la política. Ahora bien; casándose con esa muchacha, riña eterna con su madre; ¡adiós destino, adiós porvenir! ¡Abogado de pobres y esposa costurera para toda la vida! ¡Pobre de él y pobre de ella al mismo tiempo, sin dinero, sin posición, cargados de hijos y maldiciendo de su suerte, de su existencia y de su matrimonio!

— Todos esos males se evitan con la posesión y el natural hastío que de ella resulta. El hombre es siempre lo mismo en todos los países y en todas las épocas. Miguelillo será como todos.

— Por sí ó por no, lo que yo quiero evitar en él es un paso decisivo hacia el objeto de sus ilusiones; en una palabra, ganarle por la mano y quitarle á tiempo del riesgo. Para eso no soy yo solo bastante, y nadie mejor que usted puede ayudarme en tan humanitaria tarea. Encárguese usted, durante el tiempo que yo no puedo estar á su lado, de ocuparle y distraerle de sus propósitos; que á las horas de clase y de reposo sucedan las que usted le ocupe en sus excursiones y paseos; que le quite usted las ocasiones de encuentros y entrevistas con la modista melancólica hasta sus exámenes, y de lo demás yo me encargo. Apenas nos examinemos, le meto en el tren y me le llevo á Cuenca, entregándosele á su madre bueno y sano. Ella se encargará, enterada por mí de todo, de enterrar ese amor naciente y de conseguir que su primer empleo se le den á cien leguas de la corte, en Barcelona ó la

Coruña, por ejemplo. Sólo de ese modo podremos curarle.

— Exageradillo me parece que está usted en este asunto. Demasiado sabe Miguel que á esas chicas se las quiere mucho, pero que no se hacen de ellas nuestras esposas ni las madres de nuestros hijos. Hay que ser hombres formales, dar otro rumbo á nuestra vida, y á cierta época de ella... cada uno por su lado.

— Eso haríamos usted y yo y casi todos los hombres; pero á Miguel le temo: tiene las ideas de un caballero andante; es de los que afirman que el mundo está muy mal arreglado, y no conozco nada más estúpido que esos filántropos regeneradores de la sociedad en que viven.

— Pido la palabra para una alusión personal. Yo también he sido de los que profesan ideas redentoristas, y he echado mi cuarto á espadas en eso de querer enmendar errores y desdichas de la suerte; hoy todavía dedico á esas chifladuras gran parte de mi fortuna; pero de eso á casarse con una modistilla madrileña y echar el porvenir por la ventana hay gran distancia. Miguel no llegaría nunca á ese extremo, como usted no llegará tampoco estando en el mismo caso y como yo no llegué en idéntica circunstancia.

— ¡Ah! ¿Usted también?..

— Como todos los que somos de carne y hueso, amigo Luis. Yo los llevo á ustedes todos los días al retortero para que den conmigo el paseo retrospectivo de mi vida de estudiante; pues el de hoy puede no

ser andado, sino hablado, y servir de prólogo á una de las excursiones más interesantes que pensaba hacer un día de estos sin ayuda de vecinos, es decir, solo conmigo mismo, por encerrar la página más dolorosa y menos limpia de mi vida de soltero.

— ¡Eche usted por esa boca, D. Blas Tenorio!

— No subí á los palacios ni escalé los conventos como el *Don Juan* de Zorrilla; pero en lo de dejar *memoria amarga de mí* en los corazones femeninos, puedo dar quince y raya al héroe del día de los difuntos.

— Deje usted todas las picardigüelas de menor cuantía, y vamos á la historia prometida.

— Si dijera que todas las noches es mi sueño tranquilo y que no me asaltan remordimientos de cuando en cuando, mentiría. Pero á pesar de las voces alarmanes de mi conciencia, que procura ahogar mi criterio en el fondo del alma, sostengo que hice bien, que cumplí con mi decoro social, y que si cien veces me encontrara en iguales circunstancias cien veces haría lo mismo. Yo estuve cinco años largos en amorosas relaciones con una bordadora divina, á la que hice tantas infidelidades, más ó menos pasajeras, como hubiera hecho á mi mujer propia. Como á tal la trataba y ella á mí como marido, hasta el extremo, en lo cual di el paso más falso que puede dar el hombre, de hacer vida marital con ella durante el último año de mi carrera. Aún me figuro ver nuestro limpio cuartito; aún recuerdo como si fuera hoy todos los muebles de aquel nido de amor; la gran cama de acero, de matrimonio,

que compramos en una almoneda con todos nuestros ahorros de tres años; una urna de cristal donde la Virgen de la Merced, no muy mal tallada por cierto, presidía castamente nuestros criminales arrebatos desde una cómoda antigua de caoba; una mesa grande, colocada debajo de la ventana, donde por mitad llenaban su espaciosa tabla sus bordados y mis libros. ¡Mis libros de texto, á los que yo hice por ella más traiciones que á ella misma! ¡Seis años tardé en aprobar los tres últimos de mi carrera! ¡Si estudiaría yo... con el demonio y con ella en la dichosa mesita, en vez de estudiar el *Fuero Juzgo* y las *Leyes de Toro*!

Eso sí, hay que hacerla justicia. Era mi Mercedes una muchacha encantadora. Sus ojos, azules como el cielo; su cutis, blanco y transparente; sus manos... ¡oh! sus manos, de las que ella estaba con razón orgullosa, no eran como lo son generalmente todas las de las menestralas. ¡Parecían de duquesa en su dibujo y en el cuidado que con ellas tenía! ¡No he vuelto á ver manos iguales en mi vida! Cuando las colocaba entre las mías ó cuando me acariciaba con ellas, era yo hombre perdido. Viejo soy, y he renunciado con sensato juicio á toda clase de empresas amorosas; pero al recuerdo de aquellas manos cariñosas, suaves como un copo de seda y cargadas siempre de un fluido eléctrico inexplicable, se estremece todo mi ser y tiembla mi cuerpo como en aquellas horas de insensatez y de locura. ¡Qué manos, Dios mío, qué manos aquellas!

La separación fué terrible. Concluída la carrera, mi

familia me amenazaba con dejar de enviarme, no sólo la exigua pensión que hasta entonces me había remitido religiosamente, sino ni un céntimo más para continuar mi vida de perdición que no ignoraban. Fuéme preciso partir de Madrid, y confieso á usted que al estrechar en mis brazos á mi idolatrada amante, la juré de bonísima fe que antes de tres meses estaría de vuelta á su lado. No se habló de matrimonio futuro en nuestra despedida, pues siempre tuvo aquella hermosa mujer el buen tino de dejarme á mí tomar la iniciativa en tan espinoso asunto. Si hubo algún proyecto de legitimar nuestra unión, fué siempre mío: yo sabía perfectamente que era el único hombre que había hecho latir aquel corazón; que en mis brazos había perdido su honra, su inocencia, y que á nadie más que á mí correspondía la obligación de lavar aquella mancha y consolar aquella desventura. Esas eran mis ideas al despedirme de Mercedes: esas las que expuse á mi familia al volver al hogar materno, y en ellas perseveré cuanto pude, ante la fría lógica de los que me escuchaban y ante las lágrimas de mi madre sobre todo.

Y mientras yo sostenía esa lucha diaria con mis parientes, no ya por convicción, sino por lástima hacia mi pobre abandonada, ni una carta suya ni la menor noticia llegaba á mis manos. ¿Interceptaron las cartas? Eso era lo más probable; pero yo me aproveché casi contento de tal circunstancia, y culpándola de olvido, de traición y de perversidad, fuí poco á poco borrando

de mi conciencia lo sagrado de la obligación contraída no tanto con ella como conmigo mismo.

Cayó enferma mi madre, que ya me había propuesto mi casamiento con una mujer de gran fortuna y sólida reputación. Agravóse su dolencia, y en su mismo lecho de muerte me exigió la sagrada promesa de cumplir sus deseos y de realizar aquella boda que había de hacerme completamente dichoso. Fuí débil ante sus lágrimas, cobarde ante sus ruegos, y convenciendo á mi razón vacilante de que mi querida me habría ya olvidado, accedí á todo... y me casé á los tres meses de la muerte de mi madre, sin escribir una letra á Mercedes, sin que desde entonces haya vuelto á tener la menor noticia suya. Así acabó aquella pasión, aquel amor de mi juventud, aquella existencia íntima de cinco años. ¿Qué ha sido de aquella mujer? Probablemente lo que yo me figuré prematura é injustamente entonces. Yo fuí desleal y traidor con ella. Ella lo sería después con sus juramentos y mi recuerdo. Se enredaría con otro, y con otro más tarde, y ó se habrá casado con un imbécil, como otras tantas mujeres perdidas, ó moriría de miseria en un hospital. ¡Esa es la vida, Luis! Y desengañese usted, todos los jóvenes han hecho lo mismo, poco más ó menos, y todos lo seguirán haciendo hasta la consumación de los siglos. Pues si todos los hombres se casaran con cuantas mujeres han sido suyas, ¡ni con treinta manos podrían dar abasto á las exigencias de la Santa Madre Iglesia!

— Estamos completamente de acuerdo.

—¡No se olvidan, no, con la misma facilidad todas las aventuras de nuestra juventud, ni se vuelve á amar después como se ha amado á alguna de nuestras primeras conquistas! Aquel amor vehemente, apasionado, de fuego, no se reproduce con igual intensidad; pero para ser hombre serio y práctico, lo mejor es huir de él. Aquél es la poesía... Los que le siguen son la prosa. ¡Y sabido es que la vida no está escrita en verso!

—A esas verdades me atengo por mi cuenta, y á ellas quiero que se ajuste Miguel por la suya, si no de grado por fuerza. Apartémosle del peligro por cuantos medios usted y yo podamos imaginar, y algún día podremos oírle decirnos que le hemos hecho hombre.





Y cogílos del brazo, como amigos de toda la vida...

CAPÍTULO NOVENO

JUERGA

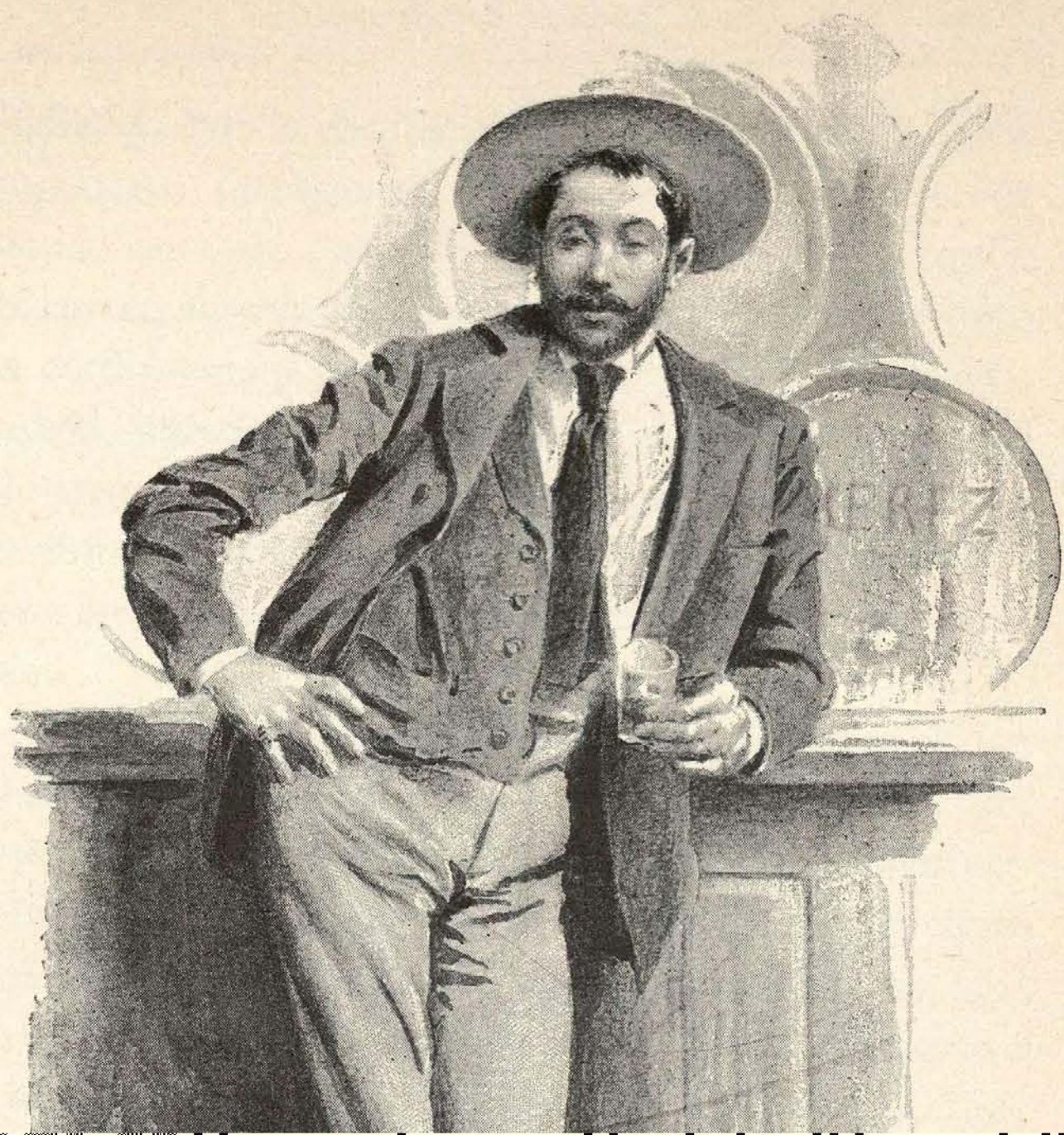
A nuevas generaciones nuevas costumbres y nuevas palabras para expresarlas. A las *orgías* del siglo xvii sucedieron las *cuchipandas* del xviii; á éstas las *francachelas* de nuestros padres, y hoy por hoy, infestada España por la fraseología gitana de nuestros pueblos meridionales, llamamos *juergas* (del *holgar* ó *folgar* antiguo) á la reunión de todos los excesos y vicios á que pueden entregarse, no por hábito, sino por vía de diversión animada, los individuos alegres de ambos sexos. Sino que el verbo *correr*, inocente por completo de semejantes extravíos, se ve, quiera ó no, agregado al bullicioso desorden, y de aquí que ia

frase sacramental al uso moderno, para expresar la preconcebida idea de una escandalosa francachela, sea *correr una juerga*.

Cuando algún autor contemporáneo escriba una *nueva visita de los chistes* á imitación de la de don Francisco de Quevedo y Villegas, Señor de la Torre de Juan Abad, hoy ya casi ininteligible para nosotros, entre la abundancia de modismos que enmarañen, enreden y confundan el idioma, no serán los menos discutidos y desentrañados, de entre mil otros, el *darse pisto*, el *tirarse una plancha*, el *timarse*, el *tener gran quinqué* y el *correr una juerga*.

Y antes de llegar á la que van á correr hoy con nosotros nuestros lectores, bueno es que los pongamos en antecedentes, haciéndolos conocer al personaje que nos convida, nuevo en esta plaza, como también se dice en estilo flamenco, y que merece detenido estudio y casi capítulo aparte.

Manolo Mendoza es el mismísimo demonio, pero demonio de la última hornada; no semejante ni parecido á lo que se llamaba el enemigo malo el año 1808 ni el diablo el 1830. Claro es que se matriculó en la Universidad para seguir cualquier carrera, y no estudió ni fué jamás á clase ni volvió á acordarse de sus matrículas. Que eligió después una carrera libre, y tomó la de San Jerónimo, por no encontrar otra más libre; que dibujó seis meses, que tocó el piano un año, que se dedicó al comercio quince días, y que hasta compró una bicicleta para distinguirse entre los velo-



cipedistas. Por lo demás, muchacho de arranque, buen compañero, inteligente en *cante hondo*, degustador práctico de toda clase de alcoholes, maestro de golfo y bacarrat, figurín de traje corto, parroquiano de hongos cordobeses y propietario de cinco ó seis casas en Madrid, heredadas de su padre el Sr. Paco, acreditado maestro de obras, de esos que con derribos de conventos y cascotes de casuchos desahuciados saben construir hoteles elegantísimos de mírame y no me toques.

El chico es la perla de los *barbianes*. En uno de los bolsillos interiores de la chaquetilla lleva siempre una cartera bien surtida de billetes de Banco de veinticinco y cincuenta pesetas y sólo uno ó dos de *ciento*, como generales de aquel ejército aguerrido: en el otro bolsillo una navaja, más ó menos rica según la expedición de aquel día, pero siempre de una cuarta, bien puntiguda y mejor afilada. No es prudente ni decoroso que un hombre vaya desprevenido para cualquier caso de honra que se presente; y sabido es que los casos de honra abundan que es un portento entre los individuos que más carecen de ella.

Su presencia en cualquier círculo se echa de ver en seguida. Su voz es la más chillona, á pesar de ser la más bronca; sus manos las que más se mueven, á pesar de ser las más pesadas cuando llega el caso; sus canciones las más picantes; sus juramentos los más blasfemos; sus chistes los más soeces; su boca, que es una sentina, no da abasto á expresar sus ideas, divididas

sólo en dos categorías: sacrílegas ó pornográficas. Es, pues, un joven sumamente simpático y lo más *fin del siglo* posible. Pertenece de hecho y de derecho á esa raza nueva, á quien un moderno proceso célebre ha hecho más celebre todavía, cuyos caracteres distintivos son: pegar á su madre, buscar amor gratis en los lupanares, alimentar su estómago sólo con *bistekes* de café y *mariscos* de taberna, no leer un periódico siquiera, escribir dos ó tres cartas al año con una ortografía de cocinera, y ser siempre el primero en escándalos, trifulcas, becerradas y culebras.

Rico... ¡pues ya lo creo! Buen mozo... ¡hasta la pared de enfrente!.. Valeroso... ¡más que el Cid y Diego Corrientes!.. Gastador y desprendido... con su cuenta y razón. Para sus compañeros de glorias y fatigas, un buen muchacho; para los guardias de orden público, un compromiso constante; para las personas prudentes, un peligro continuo; para el fisco, un propietario; para las chulas, ya lo hemos dicho, un *barbián*; para los hombres decentes, un *chulo*.

Pues este tal Manolito Mendoza, célebre en Madrid á la sazón, era uno de los chicos más benévolamente juzgados y más admitidos en la clase media, como verdadero teatro de sus proezas y de sus costumbres. Alguna vez que otra, escasas para ser justos, llegó á codearse con los viciosos de la aristocracia ó la alta banca; pero ni á él le gustaban aquellos perfiles ni á ellos aquel indecoroso desparpajo. Con más frecuencia, pero tampoco con exceso, se barajó con lo más

soez de la clase baja; pero habiendo allí tantos valientes como él y algo más desalmados todavía, y concertándose entre cortadillos de vino, casi en público, robos y asesinatos, no tardó en tocar retirada. Una cosa es el vicio con todas sus criminales consecuencias si llega el caso, y otra el crimen frío y premeditado entre el presidio y el garrote. Manolito era un perdido de afición, pero no un criminal de oficio; y fuera de su centro en aquellos dos extremos sociales, se volvió en seguida á su natural ambiente y á su perfecto equilibrio.

Donde estaba Manolito todo era alegría, demasiado estrepitosa quizá, expuesta siempre á lances desagradables, pero expansiva, juvenil, franca. Entre los estudiantes era conocidísimo y buscado; entre los artistas, sobre todo los de teatro, temido por sus caprichosas pateaduras de los estrenos, y por lo mismo celebrado y reído para conseguir su amistad y sus aplausos incondicionales, que prodigaba con igual facilidad y absoluta carencia de gusto artístico que las pateaduras. Conocíanle mucho los subalternos de la guarnición y era el niño mimado de todos los puntos de las casas de juego.

Como la mayor parte de las fincas de que era propietario el buen Manolito pertenecían á las que llaman de vecindad y producen doble que las demás, si se consigue el cobro ordenado de los alquileres, cosa bastante más difícil de lo que parece, tenía un administrador, hombre de mala cara y peores entrañas, que

cumplía severa y fríamente con tan delicado encargo. En esas casas se cobra generalmente el arrendamiento por semanas; y los domingos á primera hora, bastón de nudos en ristre y cara de Herodes, recorría mi *Hércules furens* las propiedades urbanas de Mendoza. Cuando el inquilino, albañil ó zapatero por lo común, solía darse á la bebida, había que cobrarle los mismos sábados por la noche, pues esperando al día siguiente se corría el peligro de no encontrar ya un céntimo en el domicilio del alumno de Baco.

No fué un domingo del mes de febrero, sin duda por la proximidad pasada de los carnavales, tan completa la recaudación como Manolito esperaba, y después de una viva discusión en que el administrador exageró los riesgos de su oficio y dió á entender al amo que nadie podría hacer más que él en tan ardua empresa, picado el amor propio del casero, contestóle éste:

— ¡El domingo que viene voy á cobrar yo! ¡Veremos si la cosa es tan difícil!

— No tengo inconveniente en acompañar á usted para que se convenza de que para tal faena más vale maña que fuerza.

— Iré solo; yo no soy hombre que tenga miedo á nada ni á nadie, y á mi vuelta ajustaremos las cuentas.

Y en efecto, el inmediato domingo, solo, como había dicho, con las manos metidas en los bolsillos, el puro en la boca y la mirada más provocativa que encontró en su repertorio de matón y de terne, penetró en su

primera finca. Dos de ellas estaban en la calle del Sallitre, y pasamos por alto por no ser de nuestra incumbencia las diferentes y extrañas escenas á que dió lugar la recaudación de aquel día. Reclamaciones sin número por fogones destrozados, ventanas sin vidrios, pavimentos con baldosas rotas y cañerías atascadas; quejas interminables por la sogá común del pozo, por el alero del tejado, por los escándalos de la pitillera, por los chiquillos del sastre; no hablemos de las desgracias ocurridas durante la semana: la madre del chico del matadero con pulmonía, la trapera en el hospital con viruelas después de haberle quemado los municipales todos los trapos, el oficial de carpintero de obras de afuera se había cortado un dedo con la azuela grande..... ¡Vamos!, las plagas de Faraón. Era mucho más grave aquello de lo que el casero se figuraba.

Y esto en los cuartuchos del patio; ¡pues en los de las plantas superiores no digamos! Allí la miseria y la ruina no eran tan palpables á la vista, pero más horribles todavía por las mayores necesidades sociales de los inquilinos. Corramos un velo sobre cuadros tan tristes de la vida madrileña, y admiremos la fuerza de este inconcebible equilibrio social que mantiene en pie un castillo de naipes que parece lógicamente destinado á desaparecer al menor soplo de la revuelta popular más insignificante.

—¡Oh! ¡Llegará el terrible día de la catástrofe! Cuando ateridos, desnudos, enfermos y con hambre y sed

de justicia se lancen á la calle diez mil, veinte mil, cien mil combatientes desheredados de la fortuna, y otros cien mil luego y otros doscientos mil después en la ciudad; un millón, dos, cuatro en los campos, en las aldeas, en los montes, ¿qué significarán diez mil bayonetas ni veinte cañones? Caerán las armas en poder de los bárbaros civilizados; el incendio, el saqueo, la ruina universal arrancarán los cimientos del templo y del palacio, vaciarán las arcas de Bancos y Tesoros, quemarán las máquinas de fábricas y talleres, y la hecatombe universal será más temible que la del Diluvio.

Abriremos la egoísta esperanza de no verlo nosotros; pero lo verán nuestros descendientes, lo llorarán nuestros herederos en el pecado, y la tierra no será más que un montón de ruinas, y no quedará de nuestros sistemas sociales de veinte siglos más que un penacho de humo negro extendido por el espacio.

Sin que la más remota idea de estas tristes reflexiones pasara por la imaginación de Manolito Mendoza, cobró de unos, despidió á otros, atendió á alguno, y se encontró de manos á boca en un modesto, pero mucho mejor amueblado cuartito del primer corredor del segundo piso con Matilde, su inquilina. Manolito era el casero de Matilde. ¡Vaya un encuentro! Muy acostumbrado estaba el hombre á ver caras bonitas, porque además de que en Madrid abunda el género, las mozas que él solía frecuentar son, por las mismas exigencias de su oficio, generalmente agraciadas. La diferencia, sin embargo, entre aquellas caras enjalbegadas, aque-

llos ojos opacos, aquellos labios esclavos del carmín y las facciones frescas, puras y virginales de Matilde era tan grande, que el señor casero quedó absorto y aun si es no es encogido, cosa en él extrañísima y des-acostumbrada. Quiso echar dos ó tres flores, silvestres por supuesto, á la modista, y á una mirada un poquito seria de ésta se quedó en la primera. Haciéndose el amable y echándose las de casero complaciente, la preguntó si necesitaba algo de obra en el cuarto, pues si era justa podía contar desde luego con ser complacida. La puerta de la escalera, ó, mejor dicho, del corredor, permanecía abierta desde la entrada de Manolito, y Matilde además había abierto la ventana de la sala. En la alcoba, desde el invierno, había una gotera que el administrador se había negado á componer, dejándola para cuando en el mes de junio se recorriera todo el tejado. Pasó el casero á examinarla, y efectivamente, en un ángulo del techo se extendía una mancha negra. Desde la mancha bajó los ojos á la cama de la inquilina, y una turbación extraña y un cosquilleo incentivo se pintó en su semblante. La cama era grande, de acero, con una colcha de nítida blancura, en la que aún se veían muy marcados los pliegues de la plancha; las dos almohadas ostentaban amarillos encajes de hilo, de dibujo algo grande, y una mesita de noche de caoba chapeada, desconchada por el uso, pero más lustrosa por la limpieza que cuando nueva, servía de oratorio, á juzgar por un cuadrado de la Virgen del Carmen que sobre ella estaba colgado. Lo que más le chocó al ca-

sero fué ver que la cama era de matrimonio y que en la lista de inquilinos que tenía en la mano figuraba Matilde como oficiala de modista, soltera, estado civil que demostraba, más aún que la lista de inquilinato, la cara de la muchacha. Encima de la cama, y en el que podría llamarse testero principal de la alcoba, un retrato grande de mujer, ampliación no muy artística de una fotografía antigua, adornaba solemnemente las cuatro paredes blancas, presidiendo, digámoslo así, aquel interior modesto y limpísimo. Los suelos brillaban, los muebles relucían, y el sol, que entraba á torrentes de luz por la ventana, no encontraba partículas de polvo que incorporar á sus rayos.

— ¿Me equivoco yo, ó vive usted sola en este cuartito?

— preguntó Manuel á su inquilina al salir de la alcoba.

— Sola vivo desde la muerte de mi madre, que ocurrió hace nueve meses en esa misma alcoba.

— ¡Ah, vamos, por eso está usted de luto todavía! ¡Y que la sienta á usted lo negro á las mil maravillas!

— ¿Qué dice usted de la gotera? — le preguntó Matilde sin contestar á su galantería y encauzando la conversación á su verdadero objeto.

— Pues que se arreglará mañana mismo. Es cosa de poca monta: alguna teja que se habrá roto. ¿No se le ocurre á usted algo más? Yo soy el dueño de la casa y he querido hoy ver por mí mismo el estado en que se encuentra y conocer á mis inquilinos; por eso no he mandado á cobrar al administrador.

A estas explicaciones, que nadie le pedía y que pa-

recían un principio de conversación más detenida, sólo contestó Matilde con un «¡ah!» que lo mismo podía ser de sorpresa, que de indiferencia, que de disgusto, y dijo á continuación:

— Pues no se me ofrece nada más.

— Lo siento; hubiera querido complacer á usted en cuanto me pidiera.

— Gracias, y aquí tiene usted el importe de la semana. Un duro en plata y veinticinco céntimos.

— La verdad es — contestó Manolito cogiendo de encima de la cómoda los veintiún reales que Matilde le señalaba y que él esperaba sin duda recibir de sus manos — que no son muy baratos estos cuartos. No tienen más que tres habitaciones y están en el segundo piso. Subiendo algo más á los del corredor principal podría rebajarse algo el alquiler de éstos.

— Nos agradaría esa medida general á todos los del piso segundo — contestó sonriendo Matilde, como indicando al casero al mismo tiempo que no siendo *general* la medida no sería ella quien admitiera favor semejante por su linda cara, pues sin duda era su linda cara la que causaba las miradas insistentes del casero y hasta el proyecto de rebajar los alquileres.

Terminóse la primera visita con otras dos ó tres galanterías algo más explícitas del propietario y un desdeñoso silencio de Matilde. Siguiéron á aquéllas la adquisición de informes de las vecinas acerca de la conducta, vida y milagros de la muchacha; y tales y tan unánimes fueron respecto á su moralidad pública

y privada y de sus perfecciones civiles y religiosas, que el hombre se fué disgustadísimo de ellos y prendadísimo de ella.

Claro es que al día siguiente se compuso el tejado para hacer desaparecer la gotera de la alcoba; que se intentó una segunda visita sin éxito y otra al día siguiente con el mismo resultado; que hubo que apelar á la espera en la calle y al encuentro premeditado; y por fin, que tras de varias intentonas llegó una declaración en regla y las calabazas más descomunales que criaron nunca las huertas de Murcia. A la sorpresa que en un hombre vanidoso y adinerado como Manolito debió producir la enérgica repulsa de la pobre modistilla, sucedió el odio cobarde que en las almas viles engendra el amoroso deseo mal correspondido hacia el objeto de su adoración culpable, y desde aquel día la juró una guerra á muerte, fiando su triunfo, con el tiempo, á la miseria, falta de trabajo, y, por lo tanto, de pago de la bella y desdeñosa inquilina. Estuvo por subirla el precio del cuarto desde luego; pero esto, sobre producir quizá un escándalo y una rechifla entre los vecinos, á quienes creyó Manolo que Matilde habría ya enterado de su derrota, hubiera motivado la mudanza de domicilio de la interesada, cosa que no convenía á sus planes. El seductor calavera ignoraba el gran empeño de Matilde en no salir sino casada ó muerta de aquella casa donde había fallecido su madre.

Y llegó desgraciadamente la enfermedad de Matilde. ¡Gran ocasión para lucirse un caballero!; pero lo

quiso hacer tan mal y tan á las claras el poco acostumbrado conquistador de muchachas decentes, que á las primeras de cambio fueron rechazados sus ofrecimientos pecuniarios por las vecinas, seguras de la aprobación de la enferma. Ella lo pagaría todo, si podía, y en último caso el hospital no lleva á nadie dinero. Cada una de esas contrariedades excitaban más y más el rencor del casero, y desapareciendo del teatro de la lucha previno á su administrador, nuevamente encargado de poner el dogal al cuello á todos los que vivían en la calle del Salitre, que fuera estrictamente justo con todos y cada uno de los *morosos*. El que no pagara, á la calle. Las cuentas claras; y en último caso, quedarse con los muebles y hasta venderlos si no se liberaban en veinticuatro horas. «Así vería *ella* quién era *él*, y se convencería de que, por mucha que sea la virtud de una mujer, con el casero no se juega.»

Llegó desdichadamente la hora de la prueba. Más de un mes duró la grave enfermedad de Matilde, y más de quince días la convalecencia. La primera semana se pagó entre la pobre viuda de un subalterno de hacienda y una planchadora, dos vecinas del corredor; la segunda, ¡caso increíble y sin precedente en la historia del Hércules!, la adelantó el administrador de su mismo bolsillo; la tercera se quedó á deber, como la cuarta y la quinta, sin que el propietario se diera por entendido, satisfecho del giro que tomaba el asunto para sus planes ulteriores, y la sexta, que llevó el mismo camino que las anteriores, motivó una visita

ceremoniosa, pero estrictamente comercial, entre el verdugo y la víctima.

Como el valiente Manolito no estaba *jecho* á semejantes desaires, cada día pensaba una cosa distinta, y el hombre no daba pie con bola. Ya perdonaba generosamente la deuda y suplicaba á Matilde que viviese allí cien años sin pagar un real, con tal de que se fuera humanizando; ya la exigía que le pagase en el acto y que buscara casa al día siguiente; ya la juraba amarla eternamente sin esperanza de premio y con el respeto más profundo; ya la exigía que tasara ella misma el precio de una sola noche, para no volver á molestarla en la vida. Grosero y procaz hasta el insulto unas veces, cobarde y humillándose otras como un doctrino, es indudable que el hombre estaba encaprichado, si no enamorado, hasta las *cachas*, como él decía, de su agreste inquilina. El tiroteo duró otros ocho días; pero la chica volvió al taller, y tal fué la última escena en medio de la calle, que se juró no volver á su casa hasta que pudiera pagar los dos meses atrasados y continuar siendo una inquilina modelo como hasta entonces, mientras él juraba á su vez suponer que no tenía tal cuarto en su casa ni había conocido jamás á la muchacha. Eso era tener orgullo y dignidad y saber ser casero. Como si no la hubiera conocido, como si no la hubiera visto en el mundo.

Al tomar Matilde aquella determinación creyó elegir el mejor camino. Quien quita la ocasión quita el peligro, y lo urgente era evitar nuevas conferencias.

No era creíble que Manolito se aprovechara de su ausencia para apoderarse de sus muebles y venderlos. Le creía loco y vicioso, pero no perverso. En esto también se equivocaba la pobre muchacha.

Aquel mismo día, al salir Matilde del taller con Lola, fué cuando nosotros la conocimos; y si la chica fué tan reservada con su amiga que no le contó una palabra de su novela con Manolito Mendoza, es porque abrigaba la creencia de que la reputación de una mujer no gana nada por ser pretendida, aunque se defienda victoriosamente, y porque lo mejor que puede hacer la virtud en este mundo es ser modesta y procurar vivir obscurecida ó ignorada por completo.

Tampoco la hubiera contado la aventura de Miguel á no haberlo visto de manos á boca en la casa que iba á ser su refugio. ¡Diferencia de caracteres! Lola se pirraba por hablar de sus conquistas, por publicar hasta los *osos* inocentes de los transeuntes desocupados. En esto era como Luis: capaz de contar lo suyo y lo ajeno, de pedir consejo en todas las circunstancias de su vida á amigos y conocidos, de entregar á la publicidad, sin reserva, todos los secretos de su vida y los de los otros.

Luis y Manuel se conocían; verdad es que á Manuel le conocía todo el mundo. Llevando el escándalo consigo por dondequiera que fuese, no era fácil dejar de conocerle. Su amistad, porque amistad se llama de veinte á treinta años á todo conocimiento por superficial que sea, se había sellado, no con vino, sino

con agua en el gran estanque del Retiro. Paseaba Luis en una lancha con un compañero de carrera, y Manolo en otra con tres prójimas de la vida airada. Sin saber cómo, ocurrióseles á ambos simultáneamente la idea de celebrar una regata, y fueron dignos de verse los golpes de remo, los esfuerzos de brazos y por último el semichaparrón que unos y otros sufrieron entre la gresca y algazara de pilotos y tripulantes. Contra lo usual, aquel asunto no concluyó en palos y bofetadas, sino en sendos vasos de leche y botellas de cerveza.

Hacía dos años de aquel paseo marítimo, y durante ellos se habían visto cinco ó seis veces los dos amigos en cafés y teatros, concluyendo siempre sus encuentros en cenas ó trasnoches. Manolo no comprendía la amistad de otra manera.

¿Cumplía Mendoza su juramento de no volver á acordarse de Matilde? Ni por asomo: saber que no había vuelto á su casa y ponerse á averiguar qué había sido de ella, fué toda una misma cosa. Por una aprendicilla del taller, cuya lengua conquistó por medio duro, supo la admisión de Matilde en casa de *la Aragonesa* y su amistad con Lolilla, y no pudo saber más porque era lo único que sabía la aprendiz. Siguiólas muy de lejos, sin que ellas lo notaran, una de las noches inmediatas á su fuga, y así supo dónde estaba situado el nuevo domicilio de su adorado tormento.

El diablo sin duda, que es quien todo lo enredaba antes, ó la casualidad, que es la que todo lo embrolla

ahora, hizo que en uno de los paseos de Manolo por la calle de Atocha se encontrara de manos á boca con su amigo Luis García, el alegre estudiante del remojo, el audaz marinero de agua dulce.

— ¡Tú por aquí!

— ¡Demonio, cuánto tiempo sin vernos!

— ¿Vendrás de la facultad de Medicina? ¿No estudiabas para matasanos?

— Y estudio todavía, chico; pero no vengo de clase, sino de mi casa.

— ¡Hola! ¿Vives por estos barrios?

— Sí, en la casa de huéspedes de *la Aragonesa*. Allí abajo, frente al hospital.

— ¿Qué me cuentas? ¡Quién lo hubiera creído!

— Pues ¿qué tiene eso de extraño?

— Más de lo que puedes figurarte. ¿Tienes hoy mucho que hacer?

— Pasear dos horas, hasta la de cátedra.

— Déjate de cátedras, y vamos á dar una vuelta.

— Estoy á fin de curso y no puedo ni quiero perder tiempo; pero esas dos horas te las dedico, si tienes gusto en ello.

— Gusto y muy grande.

Y cogidos del brazo, como amigos de toda la vida, emprendieron la caminata hacia el centro de Madrid. Confesión general, completa, absoluta. Supo Manolo todo lo que quería saber: hasta la aventura de Miguel con Matilde; hasta lo que no le importaba de las rewertas de Lola y su novio. La llegada de D. Blas, la

vida y milagros de la patrona, la pasión de Roque. Si no supo más es porque no había más qué contar. ¡Pícaro incontinencia la de Luisillo! Manolo pagó en igual moneda á su amigo, y le pintó con vivos colores su capricho por la modista; rebajó algo de los desdenes de su inquilina, y dió por seguro que más ó menos pronto triunfaría de sus esquivaces, sobre todo si conseguía que por él ó por otro rompiera ella con su ridículo método de vida, y entrara abiertamente en la alegre senda que ofrece la juventud á modistas y estudiantes. Lo demás era un absurdo y una ridiculez.

Justo es confesarlo. Luis vió el cielo abierto en el amor de Manolo para librar á Miguel de su pasión naciente. Aquel adinerado conquistador de muchachas de medio pelo, aquel amante tabernario con el escándalo por costumbre y la publicidad vanidosa por educación, era el mejor antídoto contra la fiebre incipiente que empezaba á desarrollarse en el pecho del abogadillo. Matilde adorada á voces, solicitada á gritos, requiebrada entre cañas de manzanilla y peteneras, no era ya peligrosa para el joven sensato, para el estudiante juicioso, para el hombre serio. Podían morir dolorosamente sus ilusiones, pero se evitaba el peligro, y á esto había que acudir ante todo.

Manolo había visto al mismo tiempo y de repente el partido que podía sacar de la respetuosa simpatía de Miguel por su bella desdeñosa. Hombre ducho á su modo, grosero y ambicioso, en achaques de mujeres sabía lo que éstas se pagan de ser admiradas pla-

tónicamente, cosa que él no había sabido hacer nunca, y lo más expuesta que está una mujer virtuosa al lado de un amante tímido, del que nada teme, que en una entrevista con un bravucón atrevido, del que desde el principio se guarda.

Ni era su amor tan grande ni sus escrúpulos tan exclusivos que la quisiera sólo para sí, no creyendo, como no creía nunca, en la pureza de las mujeres: cayera con uno ó con otro, eso era lo principal; después de la primera caída, lo natural es que ninguna mujer vuelva á levantarse.

Concebido el plan era urgente llevarle á cabo, y la ocasión se le había presentado de modo tan imprevisto que daría pruebas de necio con desaprovecharla. Lo indispensable era no levantar la caza, no infundir sospechas en Matilde ni tampoco en Lola, pues la penetración de ésta podía desbaratar el proyecto, y conseguir de tal modo la confianza de los demás que pareciera un hecho natural y sin importancia lo que era una verdadera encerrona, una combinación maquiavélica.

Dicho y hecho. Al día siguiente era domingo; ni clases ni talleres ni ocupaciones ni jornales. Manolo tenía papeletas para los Viveros del Ayuntamiento y parte en la empresa de los ómnibus de Oliva, y había cobrado el jueves una deuda en géneros coloniales; por lo tanto, estaba con plétora de jamones de York, capones de Bayona, salchichón, quesos y vinos de todas clases. Lo que no quería era que las muchachas supie-

sen que él era el anfitrión, y convenía, por lo tanto, caer como convidado en la merendona y dejar á cualquiera otro toda la gloria del convite.

Pero ¿cómo poner en planta semejante proyecto? Facilísimamente. Luis conquistaría aquella tarde á D. Blas para que éste inventara y ofreciera á huéspedes y patronos una comida de campo para el día siguiente. Luis enseñaba el billete para los Viveros, y ofrecía correr con todo para evitar molestias á los demás. A las ocho de la mañana estaría el ómnibus á la puerta de la casa. En él irían las provisiones arregladas ya por Manolo.

La Aragonesa haría el indispensable arroz, ayudada por Roque. Un organillo alquilado por toda la tarde justificaría el baile para abrir boca, y en plena comida, entre la animación y el bullicio consiguientes, se presentaría Manolo como llovido del cielo. Su amigo Luis le presentaría, y él respondía de que su conducta había de ser tal que todos le habían de invitar á concluir el día con ellos. En fin, eso era cuenta suya.

A las débiles objeciones que opuso Luis al plan de Manolo, respondió éste que tenía la seguridad de alejar á Miguel para siempre de Matilde; que si aquellas relaciones no habían comenzado no comenzarían nunca, y que, por último, si nada de esto se conseguía, á lo menos habrían todos *corrido una juerga*.

La frasecilla mágica hizo su efecto. Separáronse los dos amigos en la Puerta del Sol, y cada cual emprendió su caminata. Manolo á disponer todo lo concer-

niente á la *juerga*: Luis á clase, y después á desempeñar la comedia que entre los dos habían compuesto.

Como es natural, todo salió á medida de su deseo. El bueno de D. Blas, que alegrándose de que fueran peor los guisotes de la patrona *aragonesa* que lo habían sido en sus *buenos tiempos* los de la *atalana*, no podía sobrellevar con calma de su estómago semejantes sacrificios, vió el cielo abierto en cuanto Luis le manifestó sus ganas de comer un día en el campo.

Sentados todos á la mesa á la hora del almuerzo, propuso el alegre viejo, como si fuera idea exclusivamente suya, la francachela del día siguiente, domingo, día que se anunciaba delicioso, á juzgar por el sol espléndido y la atmósfera limpia y serena de la *víspera*.

Calificó de paréntesis abierto á sus recuerdos de miseria aquel extraordinario, que también le recordaba la única expedición de campo que hizo en su juventud estudiantil, y tal maña se dió para conquistar voluntades, que fué la jira aprobada por unanimidad. Matilde alegó lo atrasada que estaba de trabajo; pero convino Lola en ayudarla aquella noche á concluir una cifra, rellenándole las letras, y se decidió que todo el mundo estaría dispuesto á las ocho de la mañana para tomar el chocolate y montar en el ómnibus, que Luis buscaría y ajustaría aquella misma tarde.

Sólo D. Atanasio y Roque conocían los Viveros del Ayuntamiento, los reservados se entiende, y que sólo se franquean á los que poseen permisos municipales; pero el jardín primero, á disposición de todo el

que paga los cincuenta céntimos de entrada, había sido visitado varias veces por Luis y Miguel.

Lo más difícil, para no echar por tierra lo convenido secretamente con Manolo, fué ponerse de acuerdo en el espinoso asunto de la comida. La patrona insistía en la conveniencia de comprar en crudo todo lo que había de consumirse, por ser más económico y poder hacer alarde de sus primores culinarios, desgracia la mayor que podía sucederles á los pobres comensales; pero la proposición fué desechada, consiguiendo Luis que se le dieran plenos poderes para gastar doce duros en los comestibles, vinos aparte, á razón de ocho á nueve pesetas por persona. No era mucho, pero podía ser suficiente. Los vinos, que se reducirían á dos botellas de Jerez, dos de Pajarete dulce para las señoras y dos de Manzanilla, importarían otros cinco duros, que con los tres y medio del ómnibus y la propina de diez reales á los guardas, sumaban en junto la cantidad de veintiún duros. Con imprevistos, organillo, algo de vajilla rota y peleón suficiente para el mayoral y zagal del ómnibus que había de volver á buscarlos á las seis de la tarde, veinticinco duros.

¡Exclamaciones de terror en los circunstantes! ¡Veinticinco duros tirados á la calle en una *juerga*, cuando tanta falta hacía trabajar para salir de apuros! Lola tuvo un arranque digno de su buen corazón. Era la más entusiasmada con la expedición; la que se prometía gozar más, bebiendo, bailando con Luis y alborotando á su gusto: pensaba hasta cantar dúos, de todas

las zarzuelas conocidas, con Roque, el gran tenor futuro; pero de pronto exclamó, dirigiéndose á D. Blas:

— Si fuera usted capaz de ser un grande hombre, me regalaría á mí esos veinticinco duros, ó me los prestaría, pagaderos el día del Juicio; yo se los daría en el acto á Matilde, y ella iría á pagar mañana á su caso los dos meses que le debe, le daría otros dos adelantados, y juntos iríamos todos á visitarla en su domicilio.

D. Atanasio quedó silencioso; Roque y Julia rompieron en un aplauso; Luis hizo un gesto de disgusto, imperceptible para todos; Miguel volvió su rostro encendido de ira, y Matilde se levantó avergonzada.

— Si en esto estriba ser un grande hombre — dijo D. Blas, — cáteme usted, Lolilla, más grande que Mendizábal. Eso no tiene nada que ver con la juerga de mañana, y se pueden matar dos pájaros de un tiro. Un billete de mil reales tengo en la cartera, y quien gasta veinticinco gasta cincuenta. Empléense los quinientos en la comida de campo y los otros quinientos en el plan de Lola, que acepto desde ahora. Quedamos en que me firmará usted un pagaré para el día del Juicio.

— Mil gracias, Lola, por tu generosa idea; mil, don Blas, por su rumbo y su bonísimo corazón; pero yo no puedo admitir dinero de nadie, y las limosnas rebajan siempre á quien no las pide — dijo Matilde sonriendo.

Un suspiro de satisfacción y una mirada de amor de Miguel fueron recogidos en el acto por Matilde. D. Blas estremó todavía algo aquella simpática sonrisa que se dibujaba siempre en sus labios, y todos pro-

rrumpieron en un aplauso cariñoso dirigido á la modista.

—¡Bravo por las mujeres de juicio!— gritaba Luis, más entusiasmado que todos, por lo mismo que más que todos había visto deshacerse en un minuto la bien urdida farsa del día siguiente.

Concluyóse el almuerzo y la discusión con un beso muy apretado de Matilde y Lola. D. Blas pidió perdón á Matilde por su atrevida proposición, que después de todo ya había él mascullado hacía días sin haber sabido darla forma, y Luis se fué á la calle para disponer y atar todos los cabos sueltos que aún quedaban pendientes para el domingo.

Miguel salió con las muchachas, pero le despidieron ellas en la misma puerta de la casa, y tuvo que contentarse con verlas desde la acera de enfrente subir la cuesta de la calle de Atocha.

Si en el campo lograba con más facilidad tener una explicación con Matilde al día siguiente, para él sí que era magnífica *la juerga*.





Lola y Luis, enfrente de los otros y á corta distancia, charlaban en voz baja

CAPÍTULO DÉCIMO

CONTINUACIÓN DE LA JUERGA. AL BORDE DEL ABISMO

Cuando Madrid se pone á tener un día bueno, da quince y raya á todos los pueblos de Andalucía. ¡Qué temperatura tan agradable! ¡Qué azul tan limpio y sereno el del cielo! ¡Qué sol tan espléndido! A las siete en punto de la mañana, nuestro buen Roque se colocó en el centro del pasillo, y con voz estentórea, no sabemos si de barítono ó tenorino, entonó, adulterándole con *fiorituras* de su cosecha, el aire conocidísimo del *Juramento*:

Hoy brilla el sol en la alegre pradera
Hoy su perfume despide la flor, etc.

— ¡Señores viajeros, al tren! ¡Al tren, señores! ¡Cin-

co minutos de parada! ¡Chocolate y cólico! ¡Las siete en punto y sereno!

Ese clarín de la diana
Que alegre anuncia la mañana...

no vá á estar desgañitándose media hora. ¡Arriba, señores, arriba!

— Si no callas, abejuero maldito, te pego un tiro.

— ¡Fuera ese sochantre!

— ¡Grita, hijo, grita, á ver si se te cae la campanilla y no volvemos á oírte jamás, zarzuelero aborrecible!

Como si tales y tan claros apóstrofes no fueran dirigidos á él, Roque siguió impávido en su faena, aporreando á trastazo limpio las puertas de los cuartos. Voló alguna bota por el aire, se oyeron exclamaciones de ira primero, de júbilo después, y á las ocho tomaban el chocolate los expedicionarios con un apetito desordenado de comer y beber, precursor del que habían de conservar durante todo el día.

D. Blas era el más alegre, y hubiérasele creído el más joven, á no desmentirlo su entrecana cabeza. Tenía bromas para todos, hacía ejercicios gimnásticos con las sillas del comedor y las barras de los balcones, y aquella angelical sonrisa que iluminaba constantemente su rostro concluía en carcajadas alborotadoras.

Las ocho y media, y el ómnibus no parecía. Empezó á pintarse la inquietud en los semblantes. Luis per-

juraba que todo había quedado la víspera perfectamente combinado y decidido, pero para sus adentros comenzó á dudar si todo habría sido una broma de Manolito. ¿Qué sería de él entonces, y cómo respondería á sus compañeros de jira campestre? ¡Las nueve menos cuarto, y... nada! Roque se prestó á ir á la administración de los ómnibus.

—¡Vengan las señas, y en diez minutos voy, engancho yo mismo si es preciso, y me traigo á rastras el vehículo!

—Y si no hay mulos nos enganchamos nosotros — respondió D. Blas, dejando caer al suelo una pirámide de sillas.

—¡Eh, mis muebles!; que no vamos á tener dónde sentarnos cuando regresemos del campo — decía Julia.

D. Atanasio no se movía del balcón, para avisar cuando viera á lo lejos bajar el ómnibus.

Lola y Matilde se quejaban de no tener más que una sombrilla para las dos: la de la primera estaba en un estado deplorable; la de la segunda podía presentarse en cualquier parte, pero era negra, de luto, y se había quedado en la cómoda en el cuartito abandonado; no había, pues, que contar con ella. No podían disponer más que de la de Lola, pero daba vergüenza sacarla á la calle. Se examinó detenidamente, por si podía coserse en un momento. Imposible. La contera se había caído; el paño estaba roto; la tela de percal abierta por varios sitios.

¿Para qué guardaba aquella criatura semejante ca-

parazón de un pollo, como decía el bueno de Mariano Fernández en *Los polvos de la madre Celestina*?

Miguel se ofreció á llevar su paraguas para las dos señoras; Julia, ó tendría sombrilla ó tomaría el sol. Se aprobó la proposición, y dieron las nueve y el ómnibus sin parecer. Aquello ya era grave. Luis no contestaba á ninguna de las furibundas interpelaciones de los chasqueados. Como que el verdadero chasqueado era él sin duda.

Tentado estaba ya de contar el lance, para que la execración general cayera, no sobre él, sino sobre el tunante Manolito, cuando D. Atanasio dió desde el balcón la señal del triunfo. Majestuosamente, como marcha un tren, desde que entra en agujas, sin cuidarse de la impaciencia de los viajeros, bajaba por la calle de Atocha un ómnibus de Oliva, capaz para dieciséis personas. Se acentuó el movimiento, empezó todo el mundo á coger sus bártulos, operación que se interrumpía á cada instante por los olvidos que se sucedían sin tregua.

— ¡Roque, los cuchillos! ¡Atanasio, el cesto con los cubiertos!

— ¡Mi vaso de campaña! ¡Otros dos pequeños en los bolsillos de la americana, por si acaso!

— ¡Los fósforos!

— Tú, Luis, dame tu paraguas; yo llevo el mío, pero es preciso que esas dos cabecitas tengan con qué cubrirse del sol de mayo.

— Déjalas que se achicharren; á ver si así se ani-

man y no nos dan el espectáculo de sus pudibundeces de Semana Santa.

— ¡El sayón de Semana Santa eres tú! ¿Si querrás que empecemos á bailar desde ahora, por el alto honor de acompañar á semejante estafermo? A ver, Miguel, dénos usted el brazo á las dos, para que el medicastro nos venga sirviendo de lacayo.

— Con que sirva de practicante ya es suficiente, por si nos ocurre alguna desgracia. Ya lo oyes: trae vendas, hilas, un bisturí, árnica y un frasco con sanguijuelas.

— ¿Y las provisiones? ¡Yo no veo nada en el ómnibus! ¡Ni cesta, ni canasta, ni nada que se le parezca!

— ¡Todo estará arreglado! ¡Todo corriente!

— ¡Roque, Roque! ¿Dónde está ese maldito? ¡Pues no se ha bajado á la calle para hablar con el mayoral!.. ¡Roque, arriba!

— No sería malo llevar dos ó tres mantas para extenderlas en el suelo y unas almohadas para sentarse.

— ¡A la ropa de las camas no se toca! ¡Me la harían añicos!

— ¡Y que no están muy limpias que digamos para enseñarlas á la pública expectación!

— ¡Mentira! ¡Están más limpias que todos ustedes!

— ¡Ya lo creo, como que no tienen más que quince días en las camas!

— Traen mis pastoras
queso de nata
miel en panales
y un recental.